

XXI Congreso Pedagógico de UTE

ESCUELA CRÍTICA Y EMANCIPACIÓN

REGISTROS PEDAGÓGICOS Y SU POTENCIA TRANSFORMADORA

DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

2016

Maestros/as populares

Rol docente entre el barrio y el sindicato

Franco Rossi

Nos preguntamos sobre el lugar que pueden cumplir los trabajadores de la educación, nos preguntamos si somos meros reproductores ideológicos o bien si tiene lugar la creación. Al reflexionar, notamos que ambas respuestas son posibles y probablemente sea porque ambos roles se mixturán en la masa docente. Ahora bien, en tanto hallamos grandes desarrollos teóricos sobre el rol didáctico-pedagógico que puede llevar a cabo un educador, poco hay sobre su rol social, sobre su potencial articulador comunitario, sobre la importancia de que se conjuguen las pedagogías emancipadoras con un proyecto político que le permita asumir una coherencia transformadora y no un mero voluntarismo apostólico.

Para comenzar a zumar la perspectiva del docente como un actor político, es bueno revisar su propia historia, ver su pasaje de apóstol a proletario, estudiar sus luchas, su andar a las sombras del movimiento obrero del '60-'70, su vitalidad a finales del '80, el camino a la fama en los '90 y su fuerte dinamismo en esta última década. Lo cual nos conduce a pensar cómo el gremio docente pasó de ser un actor menor en el período más alto de las luchas obreras de nuestro país (tras la relevancia de los "sectores estratégicos"), a ser por varios años un sector abanderado de la resistencia al neo liberalismo y en la actualidad un sector activo en la lucha contra el neo colonialismo económico y pedagógico. Así, su potencialidad como pivot entre los sectores populares.

Ahora bien, vemos que a la par es preciso atender a otro tipo de conflictos que son escasamente abordados por los sindicatos, que son dejados de lado por el gris de su identidad, por

el tono de su diversidad. Me refiero a los conflictos en los barrios, a la avanzada privatista sobre el espacio público, a la falta de suministros, al problema de la urbanización de las villas, a la clausura de espacios culturales y comunitarios, a los problemas derivados del narcotráfico, la narco policía, la criminalización de la juventud, los femicidios, entre otros. Ante estos fenómenos, el pueblo resiste, y es allí donde es preciso construir marcos organizativos que potencien. Y así nos preguntamos de qué forma el trabajador de la educación puede aportar, de qué manera puede apoyar y protagonizar, de qué manera ser sindicato y territorio. Es en este camino que llegamos al concepto de Maestra/o Popular.

Sintéticamente decimos que Maestro/a Popular es aquel educador/a que se concibe/lo conciben como parte de la comunidad donde está inmerso, aporta desde su labor a la emancipación de las clases populares propiciando su auto organización; tiene un pie en la escuela y otro en las calles ; siendo las pedagogías emancipadoras de Nuestra América una referencia. Este rol de docente tendrá como horizonte el conjugar posicionamientos gremiales puntuales con las problemáticas de los vecinos, de las familias de sus alumnos, aprovechando al territorio como articulador multisectorial tendrá la posibilidad de fomentar espacios de organización comunitaria, donde se pueda superar lo gremial sin por ello abandonarlo sino por el contrario ver como aquello puede respaldar y aportar a la lucha más amplia. Ser sindicato en el territorio, ser territorio en el sindicato. Poniendo a la escuela pública en un lugar central en la defensa y promoción de derechos.

Es preciso decir que no empezamos de cero, que ya hay prácticas andadas en diferentes barrios/distritos y desde algunos espacios sindicales. También es importante asentar que en la memoria de nuestro pueblo residen experiencias de este estilo como fueron las coordinadora interfabriles de los '60-'70, las puebladas de los '90, las ollas populares, por nombrar algunas. Son esas tradiciones nuestra mejor herencia, son ejemplos de nación a rescatar. En lo puntual fue la unidad en la acción, los lazos comunitaria de piqueteros y sectores empobrecidos, su lucha, la última gran astucia que puso en jaque al sistema político del liberalismo económico (1996-2002), de modo que este puñado de memoria es nuestro sustento. Porque es sabido que la inteligencia de las masas reside en el pragmatismo que le brindan las experiencias pasadas. De forma que el esfuerzo debe estar puesto en resignificar esos acontecimientos y tomar vivencias de los últimos años que afiancen una identidad subalterna. Aprendizajes que permitan figurar un horizonte liberador.

Venimos definiendo los rasgos de este sujeto colectivo denominado Maestra/o Popular, su capacidad de acción y la orientación de su perspectiva, ahora siguiendo con los antecedentes hallamos que las pedagogías emancipadoras de nuestro continente son las guías que más aportan. Así remarcamos algunas experiencias referentes como las escuelas impulsadas por Simón Rodríguez, en especial el registro de Chuquisaca, las experiencias pedagógicas de los obrero anarquistas a comienzos de SXX, la formación de los centros educativos de Warisata y Ucareña (vinculado éste a sindicatos campesinos) en la década del '30 en Bolivia, las misiones alfabetizadoras tras el triunfo de la Revolución Cubana, las campañas de alfabetización sandinistas, las escuelas del MST de Brasil, la comunidad educativa de Oaxaca y el rol del movimiento docente en la rebelión del 2006, como así las escuelas zapatistas y la incipiente Universidad Campesina de Venezuela vinculada con las Comunas. Todas experiencias donde lo educativo está enmarcado en un proyecto político y social superador, y se plantean definiciones originales en lo micro.

Lo cual nos lleva a preguntarnos qué teorías se han escrito sobre escuela y territorio, qué hemos elaborado como pueblo americano en estos siglos de sometimiento, sobre la educación liberadora que necesitamos, cuál es el carácter autóctono de nuestros lineamiento educativos, qué autores escribieron pensando en inventar modelos y no copiar de Europa. Nos preparamos así para caminar el sendero de maíz que nos dejaron los sabios educadores que nos antecedieron: Simón Rodríguez, José Martí, Enriqueta Lucero, Anibal Ponce, Mariátegui, Freire, Arancibia, Jesualdo, Iglesias y así mismo Carlos Fuentealba.

La escuela como organizador comunal, la escuela como espacio de legitimación y creación de cultura popular, la escuela como formadora de hombres y mujeres nuevas, la escuela arraigada a los saberes raizales, la que no separa el trabajo manual del intelectual, la que hoy debería enseñar manejos técnicos, apropiación de tics a la par que debería mantener el nivel en las otras áreas, esa escuela unitaria, integral y democrática es la que se intentó e intenta construir en varios lugares; ese modelo es opuesto al normalista, al civilizatorio, al que pauta que la moral de los ricos a es la correcta y todo el sistema de valores que está por fuera debe ser destruido. Ese modelo disciplinador hoy intenta plasmarse en una escolarización diferenciada para cada clase social: para los ricos escuelas privadas de calidad, para los pobres escuela públicas de contención.

Nos basamos en eso para decir que es preciso construir en las escuelas públicas otro tipo de instituciones. Nos preguntamos si es posible cambiar el Estado en materia educativa, sabiendo que esa lucha se debe dar desde el llano y desde el centro.

Para dicha anhelo ¿Será indicado construir poder desde los barrios, desde las escuelas, profesorado y sindicatos? ¿Es preciso construir nuevas pedagogías que fomenten nuevos modos de sociabilidad? En el siguiente fragmento hallamos una pista: “El objeto... tratando de las Sociedades Americanas, es la EDUCACIÓN POPULAR y por POPULAR.....entiende... GENERAL”. De este modo deducimos que la cuestión pasa por el sistema educativo, por la dirección político pedagógica (popular) y el alcance poblacional (general) del mismo.

El docente ya no es el sabelotodo, es un vecino con un rol específico, será el compañero del padre fletero, de la empleada, del quiosquero, del barrendero, de la casera de la escuela, etc. Debe construirse con el prójimo la lucha conjunta sin clientelismo mediante. Debe superar la fragmentación impuesta por la Modernidad, no específicamente creando una estética novedosa sino construyendo una propuesta integral que aborde la opresión material y simbólica. Ese será el nudo de hermandad primera, el compartir histórico de la opresión/subalternidad y allí el desafío: crear una alternativa de justicia e igualdad, desde lo práctico sin perder el carácter sistémico. Maestro Popular es entonces aquel que da clase en sí y para sí; aquel que se empodera al favorecer el empoderamiento de sus alumnos y sus familias, realizando un andamiaje comunitario; es aquel que se organiza y promueve organización.

De este modo el rol docente debe ser integral, ya no solo debe concentrarse en los contenidos y métodos de enseñanza sino que debe tomar conciencia de su rol en la sociedad: reproductor o creador. Y si la elección es la segunda, debemos entender que ya no alcanza con la labor áulica por más progresista que sea (lo cual no significa descuidarla), sino que ahora el crear trasciende las paredes escolares: pisa el barro, la esquina y huele a pueblo. La coherencia en ese proceso será mérito de legitimidad.

Ahora bien día a día el docente se encuentra ante dilemas políticos. Debe pensar el modo en que se sientan los chicos, la organización del aula, cómo explica los contenidos, la transposición didáctica, cuál es la mejor forma de incentivar la conformación del grupo, se pregunta cómo elaborar proyectos con sus colegas, a su vez, puede incidir en los tiempos escolares, en los ritos, en los saludos de bienvenida. El docente a la par decide cómo se vincula con las familias, cómo

arma las reuniones, si los invitará a participar de actividades áulicas, si se hace eco de los problemas que traen, o no. La tarea pedagógica es política.

Claro que con frecuencia se presenta a la práctica pedagógica como “apolítica”, negando así la decisión de las personas en dicha praxis. En ese sentido, es común que se señale con el dedo a las prácticas constructivistas, progresistas, por estar “politizadas”, librando a toda orientación conservadora de dicho estigma. De modo, que es juzgado el corpus pedagógico referido a Derechos Humanos, a Educación Sexual Integral, a los procesos sociales latinoamericanos, y poco se habla del estudio ahistórico de los “próceres”, de la construcción de un ser nacional de estampita, de la perspectiva machista que inunda los manuales.

¿Será entonces que las posturas que realzan el carácter “apolítico” de la educación son propias de una ideología conservadora? ¿Será que se reproduce dicho sentido común para obturar cualquier intento de pensamiento crítico?

Allí los intentos de la cultura hegemónica.

En esa sintonía, resulta importante problematizar nuestras prácticas, repensar nuestro imaginario, revisar nuestras miradas sobre el rol docente. Es fundamental reflexionar sobre nuestros pasos, para ir desentramando si es uno el que camina o bien quién camina por nosotros.

Desde dicho lugar, nos podemos preguntar qué se piensa sobre las familias, cuáles son las opiniones frecuentes en la escuela ante su acercamiento. Y así repensar, por qué es tan difícil generar espacios comunes con las familias, por qué nos cuesta entenderlas como parte de la escuela y así del sistema educativo. Allí también hallaremos un posicionamiento político, esta vez, mucho más complejo.

Para recorrer dicha cuestión, Paulo Freire nos guía con dos líneas sencillas y profundas: “Nadie libera a nadie, nadie se libera solo, los hombres se liberan en comunión. Nadie educa a nadie, nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan entre sí mediatizados por el mundo”. Podemos interpretar que si las familias son parte constitutiva de los actores en cuestión, son los familiares quienes conformar el “mundo” de los alumnos, y es el mundo lo que se construye en la escuela, al darle la espalda a la comunidad, a las familias, queda inconcluso el acto pedagógico. Esto no significa que el acto pedagógico no se concreta (al no convocar a las familias) sino que

puede desarrollarse mucho más. O sea que la práctica pedagógica escolar tiene un potencial mayor del habitual.

En la creatividad de los educadores está la gama de posibilidades. Es desde las escuelas que surgen iniciativas fructíferas, es allí donde aparecen nuevas instancias participativas, que amplían la democracia. Son las kermeses, las peñas, los encuentros de ciencias, los festivales, las asambleas con familias, las muestras artísticas, son decenas las propuestas que afianzan los lazos con madres, padres, vecinos. De modo que la comunidad ya no es el afuera sino que es el encuentro entre docentes, familias, vecinos; es unidad, es el “nosotros”.

Con la existencia del sujeto colectivo, de la comunidad in situ, la Pedagogía de la Esperanza renace. El Maestro Popular se hace verbo.

Desde esas realidades que florecen en las escuelas, el horizonte se vislumbra. Desde esas vivencias compartidas, se hace posible apreciar la igualdad existente entre padres, madres, abuelas y docentes. La concepción de paridad se pone ante los ojos. Es de este modo que el trabajador de la educación puede entender al otro como un laburante más, como parte de lo mismo.

En dicho proceso de sociabilidad, la solidaridad puede afianzarse, pueden emerger situaciones de apoyo mutuo. Por ejemplo, ante la falta de luz en el barrio reclamar en conjunto, o bien, ante una ola de despidos, visibilizar desde los medios escolares la problemática, solidarizarse desde el gremio.

Ser sindicato en el barrio y ser barrio en el sindicato, es entonces un binomio de lucha que hilvana el cotidiano. Es un modo de ser docente donde se prioriza la solidaridad y la igualdad por sobre el individualismo. Se enfatiza el ser con el otro. Se pondera el protagonismo de los sujetos. Se confía más de lo que se estigmatiza. Se considera la actividad gremial como una actividad integral, donde lo reivindicativo no debe ser solo lo sectorial, sino también las problemáticas de la comunidad. Allí el tejido de nuevos lazos.

Ser sindicato en el barrio, barrio en el sindicato es un desafío para quienes creemos que la educación pública debe ser motor de la Justicia Social.

En este andar, la realidad nos alarma, empuja. La desocupación crece, la precarización se expande, la reducción de derechos sociales, la privatización de los espacios públicos, el aumento

de las tarifas y de los bienes básicos, el aumento de la represión, el cierre de programas educativos, la modificación del estatuto docente, los descuentos por días de paro, la revisión de los contenidos escolares, las evaluaciones disciplinadoras, los salarios por debajo de la inflación, el desfinanciamiento educativo. Mientras sufrimos cada uno de estas agresiones aumentan las ganancias de un puñado de ricos. La distribución de las riquezas es cada vez más injusta. Es desde aquí, que nos preguntamos: ¿Cómo superamos el aislamiento de las escuelas? ¿De qué modo nos empoderamos en el aula, en las calles, junto a las familias? ¿Cómo emprendemos nuevas luchas por la Educación, desde la comunidad? ¿Cómo conjugamos sindicato y barrio? ¿Cómo hacemos para defender el sistema educativo público, a la vez que peleamos por la Soberanía Pedagógica?